

LAS COSAS QUE PASAN

ALBERTO FERRAN

★ *Costumbres académicas*

La Academia Nacional de Letras descuidó últimamente los concursos. Un vicio, más digno sin duda que el de la bebida, que permitirá a los académicos enterarse de muchas cosas que gustarían saber: la vida y la obra de Jules Laforgue, la sociedad uruguaya en la novelística rural de Acevedo Díaz, Viana, Reyles, etc.

Entusiasmados por el juguete descubrieron ahora que es un modo, bastante empujado por cierto, de conseguir que otros hagan por ellos sus tareas específicas. Si hay un cometido asignado de una Academia es el establecimiento del Diccionario de la lengua. Nuestros académicos, aterrados ante esa perspectiva, razonaron que ese trabajo se puede comprar por 3000 pesos y llamaron a concurso para un "vocabulario, documentado en la producción literaria de escritores uruguayos y referido a vocablos, frases, modismos y refranes no incluidos en el Diccionario de la lengua española, 18ª edición".

Ya que no son capaces de coleccionar humildemente las papeletas lexicográficas como hacen algunas Academias algo más prestigiosas, al menos — pensaron — podrán juzgar la tarea de los "negros" que no gozan de esa bienaventurada calidad de "inmortales". Y seguirán imprimiendo en sus tarjetas: miembro de número de la Academia Nacional de Letras.

★ *Cultura veraniega*

El país no alcanzó un nivel cultural medio de suficiencia, no disminuyó su apreciable porcentaje de analfabetos, pero en cambio tiene cursos de verano y por partida doble.

En ellos se repiten los cursos que normalmente se dictan en las Facultades, sintetizados y puestos al nivel de la divulgación, o las conferencias varias y ecuménicas de que son capaces los intelectuales del país. Sin embargo las salas se llenan de un público bronceado y saludable, orgulloso de asomarse a la cultura superior, esa que todo el año está a su alcance en los cursos normales de los diversos organismos docentes, sin que se entere.

Efectos de la publicidad, y, ¿por qué no?, de la cuota de snobismo internacional que nos corresponde como país especializado en mimetismos y adscripto a la industria turística.

En el maremagnum de cursos y conferencias, donde se analizan todas las disciplinas del saber y algunas más, ningún título más sugerente que este delicado endecasílabo: "El síndrome del final de la noche".

★ *Un excelente proyecto*

Pertenece al Dr. Felipe Gil y ha sido aprobado por el Directorio del Banco República. De acuerdo con sus términos se concederán amplios créditos a los escritores uruguayos para la publicación de sus obras, incorporando este rubro — ediciones de autores nacionales — a la línea crediticia habitual de la Institución.

Después de tanto palabrerío inútil sobre los problemas editoriales, tanto artículo pretencioso sobre la necesidad de liberar de impuestos y patentes a las imprentas, importación libre de papel, tinta, etc., he aquí un proyecto eficaz que, bien administrado y organizado, deparará beneficios visibles a nuestra maltrecha cultura. Más importante que las precarias editoriales nacionales, más importante que la alharaca sobre best sellers, es este hecho primario: si un escritor tiene una obra de interés manifiesto para la comunidad en que vivimos, esa obra no puede quedar inédita, debe

llegar al público que la necesita, y como los libros más importantes no son los de mayor venta, el estado debe contribuir a su aparición.

El proyecto del Dr. Gil es en mucho años el aporte más importante al desarrollo de la edición nacional. Veremos ahora si los escritores que pasan la vida llorando falta de oportunidades, son capaces de demostrar que valía la pena ocuparse de ellos.

★ *Contra los niños*

Haga el lector la experiencia: converse con un niño de siete u ocho años, y luego moléstese en leer el libro de lectura que los Sres. Roberto Abadie Soriano y Humberto Zarrilli (éste, poeta) han escrito con patrocinio del Consejo de Enseñanza Primaria, y que en estos días llenan las librerías en previsión del comienzo del año escolar. Comprenderá entonces cómo se hace en este Uruguay para que la originalidad y el ingenio infantil sean encauzados pedagógicamente hacia la puerilidad y la cursilería. Basta repetir "¡Hasta el otro verano playa querida!" "El mar parecía sonreírles en el atardecer, con sus olas coronadas de espumas" "Adiós aire que huele a jazmín" "Tiene razón mamá cuando me dice que los niños limpios son como las flores hermosas y perfumadas" "Bendito clamoreo que es alegría y salud de niños" y, ejercitándose en el arte de la poesía estos ¿versos?: "¡Ay! luna blanca, / cascabele- ra, / echa tu plata, / plata platera / en mi cartera".

Para concluir la experiencia compare este detritus con los libros escolares de algunos países europeos — Francia e Inglaterra en particular — y quizás podrá comprender algo acerca de la insuficiencia cultural de esta "pequeña-te-hizo-Dios-patria-uruguaya".

Y si la cultura por la imagen — como ahora se dice — le preocupa, moléstese en observar con paciencia las ilustraciones del artista nacional (?) Héctor Fernández y González que ilustra toda la serie y trate de recordar si alguna vez ha visto algo más torpe y penoso.